

PRÓLOGO:
CONSTELACIONES CONVERSAS

Ruth Fine/Michèle Guillemont/Juan Diego Vila

I

El conjunto de estudios que aquí presentamos, fruto de reconocidos y afamados especialistas de la investigación histórica y literaria de los siglos XV, XVI y XVII españoles, pero también europeos y americanos, son el genuino resultado intelectual de quienes, convocados por la empresa de pensar la especificidad cultural de los conversos españoles posterior a la expulsión de 1492, supieron reunirse en Jerusalén en enero de 2010 para intercambiar perspectivas, renovar agendas críticas, recuperar cauces exegeticos o impugnar asertos perimidos sobre la materia.

En efecto, la especificidad de lo converso dista, en los albores de este nuevo siglo en que se vienen renovando los estudios sobre diversos cánones, de la claridad conceptual necesaria y, asimismo, carece de abordajes que se animen, aún contra visiones dominantes hostiles a tales enfoques, al riesgo de internarse, con honestidad pero no siempre con la certeza de los éxitos esperados, en la aporía categorial que funda, gnoseológicamente, el objeto.

Puesto que si un artefacto estético-literario converso es aquel que resulta percibido de tal modo porque su productor lo ha sido en términos subjetivos, difícil resulta desentenderse del contrasentido liminar de tal visión en tanto y en cuanto, en un sentido ortodoxo del término, converso sería aquel que abraza una identidad de destino en la cual –valga la obviedad– no debería ser posible una lectura que fundara lo diverso. ¿Cómo predicar que lo converso tiene un estatuto diferenciado cuando, sustantivamente, debería entenderse esta categoría como fusión plena y acabada con un *quantum* cultural otro que, para ser acabadamente real, debería percibirse como la epifanía consagrada de lo mismo? ¿Cómo, al fin de cuentas, leer lo diverso en aquello que se anuncia como semejanza identitaria?

Y, desde otra órbita, abandonado el plano teórico, ¿cómo dar razón, entender y explicar que lo que se explica como proceso reductor al territorio

de lo uno, resulte, al fin de cuentas, desde el testimonio mismo de tantos atribulados sujetos de entonces y a la luz de las marcas distintivas de sus obras, el recuerdo obsesivo de una diferencia?

La literatura de conversos comparte, en este punto, análogo estatuto problemático que el que puede fundar la denominada *escritura femenina* o, también, la literatura gay o *queer*. Es materia espinosa y quizás nunca zanjada acabadamente qué dice, entre diversas obras, la pertenencia de ciertos ejemplares a una constelación estética y la repulsa de otras. Como así tampoco resulta sencillo encontrar consenso sobre el detalle de si basta, para el caso, la identificación de un aspecto biográfico, biológico o íntimo para certificar que el resultado de los posicionamientos autoriales a la hora de producir sus ficciones sea, lógicamente, lo que certifique la afiliación a una cosmovisión que se desea otra y diversa.

Al fin de cuentas es algo bien sabido que la condición femenina de un ingenio no garantiza una visión feminista y un proceso especulativo análogo bien bastaría, para muchos detractores de esta agenda crítica, para desautorizar la existencia de una especificidad conversa, ya por la inexistencia de aquello que se debería inventariar para garantizar la exactitud del análisis, ya porque, en toda cultura, las denominadas *señas de identidad* no suelen ser, estrictamente, propiedad exclusiva de un grupo o colectivo.

Ahora bien, no es ocioso insistir en el detalle de que, en definitiva, el dilema no resulta elucidado en términos de sinceridad crítica en lo que respecta al reconocimiento de aporías, tensiones y encrucijadas que las lecturas sobre lo converso pudieren suscitar. Puesto que –como fácilmente puede advertirse en las historias de la literatura al uso– la ocurrencia de análogas inestabilidades –en los usualmente problemáticos cruces de vida y obra– no suele percibirse como instancias de acrisolamiento de la inviabilidad de tantas otras categorizaciones. Dado que, a las claras, a lo converso se le suele aplicar, para ser percibido como existente, estándares de conceptualización y teorización lógica que no se perciben como necesarios para percibir lo que se desea propio y semejante.

Pues, para el caso, bien cabría preguntarse por la operación política que vuelve verosímil la afiliación a lo español de Joannot Martorell, de Ausias March o de Rosalía de Castro y no, por el contrario, el distingo de que pudiera existir una constelación cultural conversa al interior de una España que, pasados los siglos de expulsión y aislamiento, parece seguir deseándose pura y sin cruces.

Y, por lo demás, ¿por qué toda teoría o historia de la literatura aspira a convencer a su auditorio sobre la pertinencia de los recortes del campo estético en función de nacionalidades y no en virtud de problemáticas confesionales?

No es ocioso recordar que, si bien estas tensiones y encrucijadas de lecturas pueden ser asumidas y compartidas por quienes sí se adhieren al posicionamiento tético de que lo converso puede resultar inestable y, por momentos, inasible categoría a respetar, no ocurre lo mismo con quienes, so pretexto de cierto científicismo impropio de una disciplina humanista, se serenán, ante la dificultad de un recorte que se revela proteiforme, potencialmente inexacto y –por afinidad conceptual– continuamente en fuga, prefiriendo la semejanza de todo, incluso en términos y variables que otrora jamás habrían considerado como fundantes del dominio global.

Puesto que la dificultad de lo converso como estructura expresiva, formal y conceptual, no radica en quimérico signo que sólo –y exclusivamente– refiera a productores de tal colectivo cultural sino, muy por el contrario, en una escritura cuyos enunciados y dispositivos elocutivos renuncian, quizás inconscientemente, de las prerrogativas propias de la centralidad y se repliegan en las inestables zonas marginales. Allí donde lo fundante del estar dentro o fuera resulta muchas veces arbitrario, allí donde tantas migraciones y derivas identitarias –deseadas o impuestas– se anegaron.

Dado que, si bien es inexcusable el recuerdo de tantos cuyos culpados orígenes pudieron resultar, para sus contemporáneos, purificados por el cambio y la encomiable y respetuosa adhesión a una comunidad confesional, otra, no menor, es la entidad de innumerables otros que naufragaron a considerable distancia del nuevo faro de sentido que perseguían. Tránsito fatídico hacia dudosa margen desde la cual la añoranza de una nueva tierra prometida mudó en la insondable melancolía por un confín perdido.

II

La organización de este volumen –al igual que, originariamente, las diversas sesiones del congreso– no aspira a la normalización y serenidad resultantes de bloques autoriales, secciones temáticas o *nucleamientos* genéricos, puesto que se estima que un abordaje respetuoso de la diversidad y complejidad mismas de la diáspora será aquel que se limite a la objetiva sucesión cronológica de producciones, figuras o acontecimientos históricos porque en los intersticios

y blancos resultantes entre unos y otros, en la aleatoria sucesión de lecturas históricas o literarias, en la caprichosa concatenación impresa de emigrados u oprimidos peninsulares se juega un plus significativo que la mayoría de los abordajes sobre el tema no analizan ni cuestionan.

Porque si no hay un único modo de ser converso y se impone la adecuación de “conversos”, “literaturas” o “historias” en plural, justo es recordar que la complejidad del campo se dice, también, en el carácter laberíntico y engañoso de las derivas que se han de interpretar. Migraciones estético-identitarias cuya riqueza tanto deba acrisolarse en el caso fortuito y aislado que semeje desdejar la norma cuanto, por el contrario, en el común y asiduo salvoconducto en el cual muchos críticos han creído distinguir constantes expresivas de lo que significaría ser, en tal España, converso.

Que España y los historiadores de su literatura mucho se han regodeado en el *monologismo* imperial –quizás el fenómeno estético-cultural de mayor incorrección política para la sensibilidad contemporánea– es dato fáctico difícilmente soslayable. Mas seguir bregando –como tantos hoy día lo hacen– por la impertinencia de un abordaje de lecturas que apunte a una integración diversa de las que sienta el mágico linde de lo nacional es un fenómeno que, día a día, con los continuos descubrimientos de archivo y el mayor conocimiento de las peculiaridades y especificidades de las diversas comunidades de tantos exiliados, se vuelve insostenible.

España –huelga la redundancia– no ha transformado en textos argentinos, mexicanos, franceses o norteamericanos tantas obras de sus autores exiliados después de la Guerra Civil. Hora es, por cierto, que empiece a ocuparse de tantos españoles que pudieron expresarse en su propia lengua en el exilio en Ámsterdam, Venecia, Ruán o Constantinopla. Como también es tiempo –claro está– de reasumir y reconfigurar las producciones de sus propios ingenios con independencia de que el idioma adoptado –en consonancia con las comunidades de acogida– haya sido el portugués, el francés, el italiano o algún otro. Pues en esta variedad no exenta de complejidad también se demuestra la riqueza de un universo aún en vías de exploración.

La geografía conversa –es algo bien documentado– se dice en la iridiscencia intermitente de puntos y enclaves comunitarios de Europa, Asia, África o América, carece de la rigidez sacralizada de la frontera peninsular –aunque también pueda haberse prodigado a su interior, en Toledo, Sevilla, Segovia, Lisboa y en tantas otras ciudades que se quisieron creer protegidas de la infección judía después de 1492– y ofrece, en la sorpresiva gama de sus interaccio-

nes desmembradas, el reconfortante recuerdo de quienes, en una Europa aquejada por los procesos de confesionalización estatal, supieron lanzar el desafío aún audible de luchar –no exentos de amarguras y temores– por el privilegio de decirse desde convicciones íntimas bien profundas y diversas de aquellas que la política coyuntural ordenaba respetar.

Puesto que si las estrategias de simplificación perceptiva del otro por parte de los grupos dominantes son dispositivos de dominación harto documentados tanto entonces como hoy día, lógico nos resultó –en tanto editores de este volumen– abrir su configuración al plural juego de voces que impugnara –a pesar de la incomodidad crítica sobreviviente– la procedencia de pensar –como los amos de entonces– que todo se resolvía en la simple y prístina oposición de cristianos viejos y conversos.

Dado que al integrar la problemática de las culturas de los conversos a los procesos de configuración discursiva de las identidades buscamos valorar dos fenómenos bien concretos.

En primer término, que toda literatura o historia es, a ciencia cierta, una conversión. Un producto en el cual la traducción de lo real a lo simbólico tiende a variar de individuo en individuo. ¿Será, acaso, un aserto temerario o arteramente provocador el simple recuerdo de que el esplendor productivo ficcional de los siglos XVI y XVII está en perfecta sintonía con el número de individuos conversos que tal pretextada comunidad de puros tendría? ¿Será una simple encerrona del destino que el texto de mayor fama desde entonces y para la posteridad mundial toda sea la fábula que refiere la supuesta enajenación de anhelar devenir otro, mejor e invencible? ¿Un supuesto paladín venerable en continuo diálogo con tradiciones escriturales cuya irrupción, mal que le pese, sienta el fin de un hipotético mundo armónico de otrora?

Y, en segundo término, la plena autoconciencia de que este, nuestro retorno a lo converso, renueva nuestro compromiso con el propio mundo. Somos conscientes –como lo fue Américo Castro en sus fundacionales abordajes– que nuestro presente “convierte” lo heredado de nuestros pasados para volver a escribir otra historia y proyectarse.

Y si bien nos parece innecesario recordar que el nuestro no es un intento de formulación de un contra-canon o la postulación de un nuevo canon hispánico, nunca es redundante la apreciación de que lo que nos anima no se explica –como muchos quizás crean– por afiebrada batalla por la igualación de unos y otros –senda paradójica en la cual las singularidades resultan silen-

ciadas, oprimidas y obturadas nuevamente—, sino, muy por el contrario, por el recupero genuino de la prerrogativa de la diversidad.

Porque las constelaciones conversas que estas lecturas auscultan renuevan, en este siglo oprimido por la tiranía de una globalización neutralizante de toda disonancia, la dignidad de lo disidente y de todo lo que se estima precario.

Hoy, como ayer, los conversos también cuentan el prodigio y el valor de la diversidad.

Jerusalén, Lille, Buenos Aires, septiembre de 2012